

Las palabras de Jesús "*Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo los aliviare*" (Mt 11:28), han sido y siguen siendo una fuente de consuelo, fuerza, confort y esperanza, a pesar de las cargas de la vida. Simultáneamente, estas son un testamento auto-calificativo de la naturaleza de la persona, el mensaje y la misión de Jesús. Por último, ellas son una invitación de hacerlas individualmente auto-calificativas, y colectivamente como una iglesia para: "*tomar su yugo sobre nosotros y aprender de él*" (Mt 11:29).

El contexto de las palabras de Jesús, en el Evangelio de hoy, es su experiencia del rechazo y del ridículo, que sufrió él por los escribas y los fariseos (los líderes religiosos de su época), y la ingratitud y falta de fe del pueblo de Chorazin y Betsaida, dos ciudades en las que había predicado, y había hecho varios milagros. Jesús había sido "rechazado" tanto por la élite de la sociedad judía como por sus compañeros galileos. La multitud a la que él se estaba dirigiendo eran los pobres, los "pequeños" que buscaban el consuelo y la esperanza en él, y que carecían de la influencia social, y sufrían bajo el peso de las 613 leyes religiosas judías forzosamente impuestas por los escribas y los fariseos.

Jesús se presenta a si mismo como la imagen del 'Mesías' predicho en la primera Lectura del profeta Zacarías. En esta Lectura, se nos da una imagen de un mesías justo/rey que no viene con los adornos correspondientes de un poder político y militar. Este rey no posee ni caballos ni carros. En el tiempo de Jesús el caballo y el carro eran principalmente utilizados como armas militares en batallas, símbolos del poder y prestigio del rey que los poseía y los controlaba. Los burros, por otra parte, eran bestias de carga utilizadas por los pobres para el trabajo y su transporte. Jesús se identifica a si mismo como un rey de alegoría, un rey que viene montado en un burro, un rey cuyo origen en la tierra no son conocidas; que vivió la mayor parte de su vida en una ciudad rural y pequeña lejos de los centros del poder político y religioso de Jerusalén; que practicaba el oficio de carpintero, y sólo recientemente, impulsado por una experiencia personal del haber recibido el poder del Espíritu de Dios, comenzó anunciando al pueblo sobre el *Reino de Dios*, y lograr las obras de este reino. Jesús "el pequeño" es el rey ungido quién a través de la persona y el mensaje de Dios está siendo revelado, pero esta revelación fue ocultada para los sabios y eruditos.

Si deseamos de "ir con Jesús", de "aprender de él", y de "encontrar descanso para nosotros", entonces debemos estar dispuestos a "tomar su yugo sobre nosotros". Un yugo, por definición es un instrumento individual que permite que dos animales puedan trabajar

juntos. En algunos casos los animales que han sido emparejados podrían no ser de igual tamaño, edad o habilidad. En tal caso, el más grande y más fuerte del par hace la mayor parte del trabajo y, en el proceso, "enseña" a los más débiles o más pequeños de cómo llevar su parte de la carga mientras caminan juntos unidos uno al lado del otro. Por su vida, muerte y resurrección, Jesús nos ha mostrado el camino de la vida en Dios. A través de los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la Sagrada Eucaristía, hemos sido "uncidos" a él, y somos llamados a "aprender" de él. El "yugo" de Jesús es un llamado para llegar a ser "manso y humilde de corazón"; de tener la voluntad de dar, como lo oímos el Domingo pasado, y que nuestra primordial lealtad sea para él; de ver, de escuchar y de evaluar nuestra vida y sus valores, actitudes y decisiones a través de los ojos, de los oídos y del corazón de Jesús. Una sigla popular de hace algunos años atrás era: QHJ- "¿Qué haría Jesús?"(en inglés: WWJD, "What Would Jesus Do?")

Para aquellos que han sido "uncidos" a Jesús, nos muestran "mansedumbre y apacibilidad de corazón". La mansedumbre y la apacibilidad no son rasgos de carácter o acciones que son altamente apreciados. Los modelos presentados a nosotros, por el mundo, son el poder, la riqueza financiera y la fama. Cuanto más tengamos, más grandes somos. Ser "manso y apacible" no significa ser un "incauto"—sino que exige que nos relacionemos con los demás para una incorporación en la misma persona de Dios, un Dios de la misericordia. Esto significa colocar en primer lugar a las personas y necesidades—de los pobres, de los que no han nacidos, de los inmigrantes, de los refugiados, de las personas con necesidades especiales ya sean físicas, emocionales e intelectuales, los sin hogar, los ancianos y cualquier otra persona "sin voz" en la sociedad— en términos de la moralidad y la justicia de cualquiera de las leyes o políticas sociales propuestas o promulgadas, y que estén en concordancia con la enseñanzas de las Escrituras y la tradición de la Iglesia. El Papa Francisco por sus palabras y hechos nos señala que este es el camino.

A medida que hoy somos consolados por las palabras de Jesús, una vez más escuchamos de nuevo la invitación a "venir y hacer lo mismo" para ser individual, y como parroquia para ser un lugar "manso y humilde de corazón", un lugar en donde los que están agobiados puedan descansar.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”

Padre Jim Secora